

El test de Lucrecia

Rafael Ruiz Moscatelli

A Rafael Azcona

LUCRECIA HABÍA IDO CON LOS NIÑOS al parque y yo aprovechaba para garrapatear mi falta de ocurrencia en aquellas hojas que ya me parecían infinitas. Necesitaba hilvanar una idea, una sola, del guión por el cual “El Gallego” me había dado un adelanto. Tenía que aprovechar esos momentos para borrar una línea, un esquema, en fin cualquier artilugio para despejarme. Una ocurrencia me bastaría para obtener algo de tranquilidad y seguir elucubrando sobre mi novela.

Hasta ahora el cambio a la casa de Avellaneda no me servía para un carajo. Era un cuento del gallego que en ese barrio me iba a concentrar.

Tranquilo, familiar, tradicional porteño, el ambiente adecuado, me dijo Castro Navas, cuando finalmente me impuso, con la complicidad de la eterna curiosidad de Lucrecia, aquel convenio que me forzó a trasladarme desde Corral Mío, una quinta en un tranquilo lugar cerca de Mendoza, hasta Avellaneda en Buenos Aires, que resultó ser una cápsula que me aprisionaba y me entumecía mentalmente. Lejos de la higuera de mi quinta no se me ocurría nada. El traslado era una cláusula propiciada por la desesperación del director, en la Capital yo solo pensaba en mi provincia.

–Debemos salir adelante. Me dijo.

Yo no necesitaba salir adelante. No sé lo quise decir directamente, no quise ofenderlo; era un gran director de cine que estaba pasando por una etapa de esas, inevitables.

–Tenía –me decía exasperado por el teléfono– miles de imágenes en la cabeza. Pero no sé como ligarlas para que adquieran sentido. Estaba atontado. Veía y veía películas y nada, me contó. Solo aumentaban su ansiedad. Debe-

mos salir adelante. Repetía. Juntos éramos la fórmula del triunfo. Yo, señalaba el director con entusiasmo, era la nueva promesa entre los guionistas y él un director consagrado; no podíamos fallar. Tenía presupuesto. Ese no era un problema. El mundo sería nuestro en un par de años. Justamente los que habían transcurrido sin que Castro Navas tuviese ocurrencia alguna.

–Me duele. Me dijo con una voz enronquecida y carrasposa. –No es el dinero, es el cine. Soy un vicioso de las imágenes. Solo pienso en luz. Pero estoy enfermo, no logro juntar una imagen con otra. Antes de tener sentido se deshacen. ¿Me entendés? Me interrogaba por el teléfono.

Lucrecia me hacía unas morisquetas: Yo no sabía como se enteraba de lo que hablábamos; me sonreía maliciosa. Bueno, no había que ser sociólogo para saber de que podíamos hablar un par de locos. Ella quería al Gallego, artísticamente lo respetaba muchísimo.

–Se atrofian antes que tengan sentido. Terminó desgastado Castro Navas.

Reclamados por la angustia del director y por esa manera inexplicable de hacer las cosas de mi mujer habíamos llegado a Avellaneda. Estábamos todos locos. Yo extrañaba de manera enfermiza esa higuera de Corral Mío. No necesitábamos el dinero, pero andaríamos mejor con ese dinero, había dicho Lucrecia.

Por eso en la última llamada del Gallego, cuando me preguntó si tenía algún guión o alguna idea, finalmente le dije que sí. Mentí a medias, yo siempre tenía una idea dando vuelta. –¿Y de qué se trata Ché?

Permanecí en silencio. Esa es la pregunta que más detesto en la vida. Castro Navas haciendo esa pregunta. Así no íbamos a ninguna parte. Estábamos re jodidos. Respondí desgastadamente con lo primero que se ocurrió:

—De sobrevivientes

—¿Como una balsa? ¿Un naufragio? ¿Eso no le interesa a nadie! ¡Está en la tele hace más de dos años. ¡En fin! Exclamó y colgó abruptamente.

Molesto le conté lo sucedido a Lucrecia quien sonrió confiada. —Seguro que te va a llamar. Afirmó con convicción. Es una muy buena idea. Hay que buscarle la exageración y ya. Y no te olvides de pedirle un adelanto. La idea ya vale un dinerito. Me miró con picardía y se marchó a dejarle la comida a “Mason” un labrador café oscuro.

Cuál idea me preguntaba, yo sólo había pronunciado una palabra para salir del paso. Me esforcé, durante tres días no produje nada, ni siquiera un garabato decente. Ahora entendía mejor la frustración del Gallego. Comencé a desesperarme. Sudé horas bajo la higuera cebando unos mates que aumentaban mis pulsaciones y se me hacían indispensables. Pasaron otros dos días. Lucrecia se burlaba de mis preocupaciones.

—¡Cálmate Negro, ya viene, ya viene! Es un gran tema ese de los sobrevivientes. Y se iba muy foronda a dar sus clases mientras yo seguía perplejo con mis mates, mis cuadernillos y mis lápices. Cuando escuchaba el teléfono temblaba ante la posibilidad de que fuera el gallego. Lucrecia tenía razón, el director terminaría recogiendo mi idea para superar su angustia creativa. Extraña expresión, comenté con ironía. Me miró con un desplante que preferí dar por entendida su afirmación.

A Castro Navas lo consumía su ansiedad de filmar cuanto antes una nueva película y me estaba arrastrando a sufrir el mismo mal. Yo hacía noches que no trabajaba en la novela y el cuadernillo titulado *Sobrevivientes* con unos diminutos signos de interrogación contenía solamente unos garabatos gráficos que eran la expresión de mi desorientación. Como era eso de sobrevivir de algo que no fuera de un accidente. Qué era eso. Desde donde se podía contar algo así. Por buscar originalidad el Gallego había cerrado una puerta que era una fuente insondable de historias. Yo tampoco quería caer en el testimonio. No, no. Estaba hasta las pelotas con los testimonios. Ahora tenía tantos cuestionamientos que no sabía por donde empezar. De pronto me surgían obsesiones absurdas. Se me ocurrían solamente historias de accidentes en lugares selváticos y cálidos. Me obsesionaba una mujer de edad indefinida cuya apetencia sexual se había desbordado al sobrevivir sin un rasguño entre los heridos de un accidente aéreo. Elena se apegaba a esas figuras maltrechas, su marido inmovilizado y sin habla la recriminaba con unos parpadeos que la estremecían y la entristecían, sin embargo no podía evitar esa pulsión sexual, similar a la que experimentó cuando ejerció su profesión de enfermera, oficio que abandonó al comprobar que no podía

controlar la atracción que ejercían sobre ella los heridos. Una noche de luna, llorando, le explicó a su marido que ella era un alivio para todos. El cerró los ojos por un par de días.

Yo esa trama la encontraba forzada, y sin embargo me producía una ligera excitación lo cual podía ser una muestra de que no andaba tan desenfocado. Cuando surgían esas dudas especialmente si se trataba de asuntos eróticos o sexuales, yo probaba con Lucrecia, método que en privado llamábamos el *test de Lucrecia*. Cuando le leí los borradores mi mujer se largó a reír sin parar hacía mucho tiempo que no le sucedía una cosa así. Maldije al Gallego y sin pronunciar una sola palabra rompí en mil pedazos el cuadernillo.

Finalmente llamó Castro Navas. Lucrecia me cerró un ojo y me hizo un gesto con las manos recordándome que pidiera el adelanto. El Gallego me dijo que lo había pensado mejor, el tema era interesante y debería detallárselo un poco más. Yo carraspeé. Lucrecia estaba a tres pasos. Le di la espalda. Le reclamé a Castro Navas porque me había cortado la llamada tan abruptamente y embroncado. Se disculpó. Es que no podía estar más tiempo sin filmar, se moría de a poco.

—No puedo Leopoldo. No puedo más. —Dijo, desesperado.

En un tono remilgado que no me era propio yo le conteste:

—Bueno yo creo que puedo escribir algo, pero necesito tiempo y un poco de dinero. Lucrecia —que se había situado frente a mi— levantó los brazos y hizo unos pasos de baile. Finalmente se lo había dicho. —De acuerdo. Señaló.

—Pero tú también me tienes que adelantar algo. Aunque no sea ahora. Flaco. Si me dices que no transcurre en una isla o un desastre aéreo mañana mismo te deposito el dinero en tu cuenta.

—Tampoco es en una carretera. Agregué sin convencimiento. Yo tenía unos borradores sobre una película en las carreteras infinitas de mi provincia.

—Eso me gusta. Escuché la voz satisfecha del director. Eso sí que está bien. ¿Y cuándo se vienen a Buenos Aires? ¡Ché, yo ahora te necesito más que a mi psicoanalista! ¡Ese tarado no escribe una palabra y casi no habla! Ya no me sirve.

Le hice un gesto a Lucrecia, ella me preguntó cuánto modulando con la boca. Definitivamente esta vez no sintonizábamos. —Es que tengo que terminar otros proyectos y ordenar la casa antes de partir. Balbuceé inseguro. Mi mujer movía la cabeza con desaprobación.

—Dile a Lucrecia que les arrendaré una casa en Avellaneda. Lindo barrio. A ella y a los niños les va a encantar.

Temprano, cuando recién se evaporaba el rocío bajo el sol matutino en el jardín de Corral Mío, y yo seguía sin escribir absolutamente nada sobre el guión, volvió a llamar el Gallego. Estaba exultante. Casi no había dormido. Me felicitó. Me quería como un hermano. Lo decía en serio su voz hacía sentir su conmoción. Yo era un genio que me estaba desperdiciando en el interior. —Leopoldo, déjame hablar con Lucrecia. Ella no puede frenar tu desarrollo profesional. No lo podía interrumpir, no paraba de hablar. Tuve que subir la voz: —¡Pará Ché! ¡Pará Castro! Mientras te tranquilizas voy a buscar el mate que dejé afuera al lado de la higuera.

Puse el embriague. Necesitaba un respiro frente a ese entusiasmo, tenía un mal presagio. Retomé el teléfono con desgano y con cierto temor. —¿Qué ocurre Nene? Dije para festinar la exaltación de mi oponente. —Nada, nada, querido. Después de hablar contigo siempre quedo más tranquilo. Ayer bajé al café. Estaba frustrado. Perdóname, no había visto el fondo de tú planteamiento. Caminé por el parque y de pronto vi a un bebuto que estaba aprendiendo a caminar. Vos no sabés lo que fue eso. Vi en las caídas y las alegrías al dar un par de pasos, la excitación y preocupación de la madre. Ahí entendí lo que me estabas planteando. Delante de mis ojos estaba la parábola. Era tan claro que escribí un par de ideas. Pero entendéme. Yo no quiero interferir, solo son unos apuntes que nos pueden servir.

¿De qué estaba hablando el Gallego? Confundía todo. ¡Qué mal estaba Castro Navas! Era un disparate, confundir los primeros pasos con la sobrevivencia. ¿De qué parábola me estaba hablando el porteño? La situación empeoraba momento a momento. Esto era peor que lo de los naufragos. Al otro lado de la línea se escuchó: —Ahora dime. ¿Cuándo viajas? ¿Ya hablaste con Lucrecia?

—No. Respondí maquinalmente. Flaco, reclamé. Es que no sé si pueda arreglar todo como para irme. No hallaba cómo escaparme, el proyecto era un desquiciamiento total.

—Leopoldo. Me escuchás. Decíme cuanto necesitás y ya. Y arreglamos este “kilombo” de una buena vez. Si es que no eso. Reclamé. *Sobrevivientes* requiere un desarrollo. Traté de explicar y continué, yo no he realizado una introspección que me permita... —¡Pará boludo! ¡No sigas!

—¡Pará vos! Respondí enojado —Te estoy hablando en serio. O es que no sabes que no es llegar y escribir una historia. Ayer estuve viendo la paradoja entre héroes y cobardes.

—Pensé que me ibas a decir tumbas. Sonó irónica la voz al extremo de la línea.

—Reíte. Reíte no más. Ché.

—Te estoy escuchando ¿Y finalmente qué pasó?

—Nada. No pasó nada. Le respondí. No está maduro, todavía no lo atrapo bien.

—Pero es que vos no entendés, si se trata precisamente de eso. Me gritaba nuevamente el Gallego. Mirá si ahí está la claridad de la parábola. El niño anda. La madre sufre y se alegra ¿Qué es esa mujer? ¿Es cobarde es valiente? Como sobrevive a sus conflictos. Es muy buena tu idea. Hazme caso. Es la sobrevivencia cotidiana, es como se vive el cotidiano. Vente Leopoldo y no paramos más hasta Cannes. Yo a Holywood no voy ni con todo pagado. Le voy a contar a Lucrecia sobre la casa y los niños. Además yo puedo llevar a los míos, va a ser fenómeno. Estamos a un paso de tener el guión. Acuérdate de mí. Estamos a un paso.

Faltaban unos minutos para que llegara Castro Navas. Yo no había dormido nada. El nuevo cuadernillo de sobrevivientes seguía en blanco. Lucrecia estaba feliz en Avellaneda y había usado mi desvelo para clavarme sus ojos poner su mano tibia sobre mi muslo y reírse de nuestro desconcierto —Y qué importa que no tengas nada escrito. A veces no se puede. Uds. piensan que se les ocurre algo y ya, de ahí esta listo todo, un guión, una película. Mejor escriben una novela de cómo no pudieron hacer un guión. Y se reía. Porque hacer melodrama existencial de un trabajo. Mira como estás, pálido, umbrío. Sin gracia, trágico. Vamos andá. Jugátela. No sufrás. Vivíla no más, la historia ya está en ti. Una tarde se armará y será genial.

Así hablaba Lucrecia. Los niños curioseaban en la Capital deslumbrados con el tráfico y los edificios.

Yo no conseguía dar con una pista que no fuera sociológica o de filosofía barata. El Gallego —por el contrario— todos los días verbalizaba un nuevo punto de vista. Y no teníamos una puta imagen sobre la sobrevivencia y sus malditas parábolas. Ahora teñíamos letras y palabras y líneas que inundaban nuestra imaginación, razones y sentimientos, y ni una sola idea de cómo inventar una imagen que enlazara con otra y así crear una película. El mate me tenía pegado al techo de la habitación y las granadas y nísperos del jardín de Avellaneda no lograban reemplazar a mi humilde y fresca higuera de Mendoza.

Castro Navas se paseaba a grandes zancadas bajo el parrón mientras yo garabateaba cualquier cosa en el cuadernillo. Al llegar me había abrazado efusivamente, me besó ambas mejillas y me palmoteó la espalda. Tomó distancia me miró y cuando yo esperaba que repitiera su consabido ¡Genial! Me dijo:—Tú no sabes lo que tienes en tu imaginación. —Nadie lo sabe, contesté, lacónico. Sin tomar en cuenta mi comentario, el continuó: —*Sobrevivientes* va ser el mejor guión y la mejor película del mundo.

Mundo era una palabra que yo no toleraba, y menos combinada con mejor, me parecía una frase tan infantil, tan ingenua que desde que tenía once años había dejado de

usarla y me daba pudor escucharla en boca de los adultos. Mejor del mundo era una frase vacía. Desde niño observaba como nosotros y los brasileros la usábamos con un desparpajo inimitable. El Gallego entusiasmado seguía dándose manija. Seguro que venía del psicoanalista. Recién reafirmado, decía: –Hasta los hindúes, el pueblo más espiritual del universo, van a rabiarse de placer con esta película.

–Flaco hay que ponerse a trabajar ahora mismo. Esa imagen es maravillosa. –y puso las manos como en un encuadre mientras giraba alrededor del níspero como si el árbol fuese un personaje de la filmación– cuando el tipo obliga al otro a recibir el escupo en la boca. Es delirante. Es la vida, todos en algún minuto reptan, en algún minuto transigen. En esa imagen está reflejado el misterio de la especie humana. La sacrosanta genuflexión. ¡Entiendes! Me gritaba... –¡Para sobrevivir! Yo también. Tú también. Yo soy un “puto”, tuve que rogarte, mi maldita cabeza no era capaz. Mi imaginación se atrofió de tanto mirar, mirar y mirar, sin ver.

Yo estaba impactado. La imagen que me proponía era grotesca, cruda, cruel, inverosímil. Filmada se haría más verdadera. La sumisión, la esclavitud, el miedo permitía sobrevivir. Qué oscuro. De donde había sacado esa historia. Mi imaginación conservaba cierto pudor aunque la servidumbre rodeaba también los rincones más íntimos. Lo que me anunciaba era un show de la realidad, un espectáculo de la condición humana, lo cotidiano al máximo, del lado más crudo pero innegable, de nuestro impulso al dominio al ver el menor signo de debilidad. El Gallego estaba loco sí creía que yo iba a trabajar sobre la base de esa idea Yo llevaba años tratando de entender el valor de la metáfora, escudriñando en sus misterios, como para suplir las falencias creativas por una historia tan brutal.

–Yo no recuerdo esa historia. Señalé con indiferencia. Explorando, me gustara o no, él ya tenía una idea original; y conociéndolo, ya debía saber por donde encaminarse y yo no tenía una puta línea escrita. El caminaba y gesticulaba y hablaba sobre la cobardía y la valentía, sobre héroes y villanos.

–Creí que ibas a decir tumbas. Le dije burlón. No hizo caso. Había redescubierto la dialéctica de los contrarios. Su cabeza funcionaba a mil, había terminado encontrando una historia que le daba coherencia a su hervidero. Yo me negaba a todo. No dejaba conectar una sola de mis neuronas, las bloqueaba, la sobrevivencia desde cualquier ángulo me parecía una estupidez, como se me había ocurrido usar esa palabra podía haber dicho también desesperación. Esa sí que era una palabra, una situación. Ahora Castro Navas estaba encendido con sus fantasías extremas y ya comenzaba a hilvanar imágenes con imágenes. Todo mal me repetía a mí mismo. Hacía tan poco que yo estaba tan bien sudando bajo la higuera con mi mate, deseando a Lucrecia con sus pechos sudorosos y sus muslos insinuados tras sus faldas de géneros ligeros, y mirando a los niños correteando con la regadera. ¡Qué hacíamos en Buenos Aires? Yo no firmaré ningún guión donde un tipo soporte que otro lo obligue a recibir un escupo en su boca. Era una buena imagen pero era una mala idea. Yo tenía mi ética y mi estética y no la abandonaría por un proyecto que no me interesaba.

–Ché, ¿de dónde sacaste esa historia? Pregunté seriamente.

Castro Navas me miró extrañado. –¿Cómo que de dónde?. De ninguna parte. De aquí. ¿De donde va a ser? Se la escuché a Lucrecia ayer en este mismo lugar. Me dijo que era una idea tuya y que por pudor no te atrevías a desarrollarla.

Me rasqué la cabeza y borroneé en el cuadernillo de *Sobrevivientes*: Lucrecia la asquerosa. •

31 de marzo 2008.
Xalapa. Veracruz.

RAFAEL RUIZ MOSCATELLI. Escritor, poeta y novelista chileno. Entre sus trabajos destacan las novelas “Detrás de la Dulzura” y “La Furia y la Nada”. Actualmente trabaja en el conjunto novelístico “El vacío imperfecto”. Contacto: rafaruizmoscatelli@gmail.com